sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento, como vos lo créeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dexadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedáron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y mal andantes se apartáron de Don Quixote y Sancho, con intencion de buscar algun Lugar donde vizmarle y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho volviéron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quien era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quixote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber, si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quixote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensa-

miento, sino buscar donde vizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quixote, que volviese á proseguir sus dexadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero, sobre que medio se podria tomar para reducir á Don Quixote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dexasen salir á Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre que, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor : y así vencido Don Quixote, le habia de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo

de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, ofrecióselo por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre quando se viesen, y así siguiéron el mesmo viage que llevaba Don Quixote, y llegáron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente diéron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leido : y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar páxaros. Tomé Cecial, que vió quan mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dixo al Bachiller : por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido : con facilidad se piensa y se acomete una

empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della : Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora qual es mas loco ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? Á lo que respondió Sanson : la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la mesma quiero dexar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quixote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fuéron razonando los dos, hasta que llegáron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió

y le dexo, y él quedó imaginando su venganza : y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dexar de regocijarse ahora con Don Quixote.

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á Don Quixote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo : daba por acabadas y á felice fin conducidas quantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante : tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de

los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los Yangüeses: finalmente decia entre sí, que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no invidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: ¿no es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿y crees tú, Sancho, por ventura, que el caballero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, muger y hijos, no me las podria dar otro que él mesmo, y la cara, quitadas las narices, era la mesma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi mesma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estémos á razon, Sancho, replicó Don Quixote: ven acá ¿en que consideracion puede caber que el Bachiller Sanson

Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su ribal, ó hace él profesion de las armas para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues que dirémos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió Don Quixote, de los malignos magos que me persiguen, los quales anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previniéron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual, ya sabes, ó Sancho, por experiencia que

no te dexará mentir ni engañar, quan fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mesmos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca : y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho : y como él sabia que la transformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mesmo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido

vestido un gaban de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mesmo terciopelo : el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, asimesmo de morado y verde : traia un alfange morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí : las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro. Quando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero Don Quixote le dixo : señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo, si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo : jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se

desmandó á hacerla, la lastámos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la dén entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio, y si mucho miraba el de lo verde á Don Quixote, mucho mas miraba Don Quixote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el trage y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha el de lo verde, fué que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura; figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la

suspension su deseo; y como era tan cortes y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dexará vuesa merced de estarlo quando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dexé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes: y así por mis valerosas, muchas y christianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de

millares, si el cielo no lo remedia (1). Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado *el Caballero de la Triste Figura*, y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende, quando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quixote, y el de lo verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dixo: acertástes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, ántes agora que lo sé,

(1) *V. P. II, t. V. c. III, p.* 60.

quedo mas suspenso y maravillado. Como ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de sí son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced, que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de

Don Quixote tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó le dixese quien era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. Á lo que respondió el del verde gaban: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un Lugar donde irémos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: paso la vida con mi muger y con mis hijos y con mis amigos: mis exercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, quales de romance y quales de latin, de historia algunos y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguage y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis

vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas agenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo, y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia, debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo qual por el hidalgo, le preguntó ¿que haceis, hermano? ¿que besos son estos? Déxenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á le gineta que he visto en todos los

dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quixote que quantos hijos tenia, y díxole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos que careciéron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y quando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la Reyna de

todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar, si dixo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epígrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo: que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta, y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á quatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. Á todo lo qual respondió Don Quixote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las

buenas y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad, y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso : y quando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dexen, seria yo de parecer que le dexen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado : y aunque la de la poesía es ménos útil que deleytable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posée. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella ; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los Palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio :

hala de tener el que la tuviere á raya, no dexándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos : no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroycos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas : no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo : y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta : el grande Homero no escribió en latin porque era Griego, ni Virgilio no escribió en griego porque era Latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribiéron en la lengua que maméron en la leche, y no fuéron á buscar las extrangeras para declarar la alteza de

sus conceptos : y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta Aleman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso, y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace : quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dixo : *est Deus in nobis*, etc. Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala : así que mezclados la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática,

señor hidalgo, que vuesa merced dexe caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá á la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los Obispos, ó como las garnachas á los peritos Jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras agenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos : la pluma es lengua del alma : quales fueren los conceptos que en ella se engendra-

ren, tales serán sus escritos : y quando los Reyes y Príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del verde gaban del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas, y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de banderas reales, y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada : el qual Sancho oyéndose llamar dexó á los pastores, y

á toda priesa picó al rucio y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPÍTULO XVII.

De donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia que quando Don Quixote daba voces á Sancho que le truxese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo que hacer dellos ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el qual en lle-